

senta muchas veces á los *leaders* obreros franceses como hombres deshonestos, peligrosos y cargados de numerosos vicios (1), contra los que es preciso defenderse en todo tiempo; pero esta apreciación, que siempre inspira el egoísmo, es casi siempre infundada. Cuando un obrero empleado en el taller es al mismo tiempo secretario de un sindicato es, por el contrario, casi imposible que no sea un hombre sobrio, ordenado, trabajador; y á poco que se le interrogue no se tarda en descubrir que la adhesión que muestra á los intereses de sus compañeros, evidencia precisamente que su moralidad y su inteligencia son muy sensiblemente superiores al nivel medio. Estos no son los egoístas, ni los cobardes, que se exponen benévolamente á la suspicacia de sus compañeros y á la vindicta tenaz de sus patronos.

(1) He aquí á este propósito un documento reciente: Hace algunas semanas, practicando una información en un centro industrial, tuve el gusto de interrogar á muchos patronos: se me hizo por ellos un retrato poco lisonjero de los principales jefes de las agrupaciones obreras. Después de tener un interesante diálogo con un *leader*, manifesté á mis prudentes interlocutores algunos propósitos muy justos y muy impregnados de vida real que este *leader* me había manifestado. «Esto no es extraño, contestó uno de los patronos; habéis tenido precisamente la casualidad de caer sobre el único hombre inteligente y serio entre todos los que dirigen el movimiento obrero de esta población; pero si observaseis á los otros ¡vertais bellezas!»

El *boycottage* tiene, pues, el defecto de perjudicar á hombres que no merecen de ninguna manera la pena que se les produce, y cuya mayor culpa ha sido probablemente tener el alma más generosa y la inteligencia más despierta que sus compañeros.

He aquí, por otra parte, otro aspecto del mismo problema moral. Cuando sufre el ostracismo un obrero, ¿especula sobre la miseria ó sobre la cobardía de sus camaradas? Si se quieren juzgar las cosas con imparcialidad no hay duda posible: un obrero que no está absolutamente sin recursos, tiene el *deber absoluto* de no reanudar el trabajo mientras uno solo de sus compañeros, que no haya cometido ninguna falta especial, esté desterrado del trabajo por haber cumplido con más vigor y habilidad que los otros su intervención en un acto del que todos han participado; y á medida que los obreros van adquiriendo conciencia de su solidaridad, nunca dejan de cumplir con este deber elemental que el honor impone y al que no se resiste ningún espíritu recto. Se incita, pues, á la vileza entre los hombres por lo que debiera ser la educación moral y económica, y así se daña gravemente á la colectividad; porque, bajo el régimen democrático, la lealtad y el civismo son dos cualidades singularmente preciosas.

En tercer lugar, ¿se ha reflexionado bastante

CARILLA ALICORNINA

sobre el inmenso odio que no puede menos de fermentar en el alma de un desgraciado obrero, tratado como una bestia feroz, obligado á emigrar á otra población, con su mujer y sus hijos, después que una larga cesación de trabajo forzosa le ha arruinado física y pecuniariamente, y obligado también, muchas veces, á cambiar de nombre, como un paria, á fin de encontrar un empleo que le permita comer un poco de pan? El mejor partido para este hombre, ¿no será establecerse en un pequeño despacho de bebidas, donde podrá hacer la peor propaganda que más le distinga entre sus camaradas, dichosa y justamente, deseosos de ser sus clientes? ¡Muy de otro modo pasarían las cosas si el secretario del sindicato permaneciese siendo obrero en la fábrica! Muy numerosos ejemplos, fácilmente comprendidos por los que quieren verlos bien, ¿no atestiguan que el obrero conservado en el trabajo, y no excluido y abandonado, hubiera sido probablemente un precioso agente de educación social y un propagador de ideas mucho más moderadas que las del dueño de la cantina? Acontece frecuentemente en política que, un radical elevado á ministro no suele ser un ministro radical, y el mejor medio de templar á los ardientes es echar sobre sus espaldas la responsabilidad del Poder y de la dirección. Cuando un obrero es secretario de un sindicato, no tarda en observar que los

fenómenos económicos son singularmente más complejos de lo que había supuesto, y que «la mala voluntad de los patronos» no es la única dificultad por vencer.

En fin, y sobre todo, ¿no es evidente que prohibiendo á sus obreros la entrada en los sindicatos, y aislando á los *leaders*, los patronos arrojan á aquéllos deliberadamente hacia la acción revolucionaria y los ponen en los brazos de los taberneros y de los políticos de baja estofa? ¿A qué inconsecuencia no llegan los patronos que prohíben á sus obreros el ser secretarios de los sindicatos y que al mismo tiempo se lamentan de la intervención de elementos extraños al oficio? ¿Cuándo se apercibirán los patronos de que representan una farsa indigna de su lealtad, que debe repudiar todo buen ciudadano? Es bien claro que lo que ellos desean es la desaparición de todo sindicato, y á este fin encaminan toda su política; pero entonces, ¿por qué no decirlo claramente?

Merece, pues, aprobación completa la conducta de MM. Frœnkel-Blin, que, como buenos ciudadanos, no han titubeado en conservar al compañero Dubos en sus talleres, asegurándole un trabajo normal. Han hecho más aún: en el mes de Noviembre de 1900, han tenido el acierto de decirle que sabían que su doble carácter de secretario del más importante sindicato de la in-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

dustria lanera y de delegado de la Bolsa del Trabajo, le impedía el ir de momento á la fábrica, y le concedieron permiso ilimitado, asegurándole que encontraría su plaza el día que pudiese volver al trabajo. Si los patronos siguiesen este ejemplo, se observaría pronto un total cambio en las relaciones con sus obreros; se presentarían muchas menos ocasiones de intervenir los politicastros y los taberneros, y llegado el caso, se procedería sin inconsecuencia y sin ligereza.

Véase, en fin, una última consecuencia, no la menos grave, de la doble falta de cohesión entre los patronos, por una parte, y los obreros por otra. El contrato con que termina la huelga es precario y sin valor efectivo, y según los hombres y las circunstancias, será observado ó violado. Sin duda, la natural bondad de la inmensa mayoría de los patronos y obreros elbebianos es una probabilidad de respeto á lo convenido; pero la malicia, el afán de ganancia de algunos patronos, *aunque sea uno solo*; las exigencias de algunos obreros, *aunque sean pocos*; la presión, en fin, más fuerte de la concurrencia sobre un punto dado, bastará á comprometer la observancia de un acuerdo que interese á más de 12.000 personas. Nadie podrá afirmar temerariamente que ninguna de estas causas de ruptura se produzca. Es, por el contrario, evidente que algunas de ellas, probablemente todas, unas después de otras, se pro-

ducirán en muy breve plazo. En realidad, se hace descansar sobre un punto una pirámide inmensa, y se tiene el candor de admirar que el equilibrio sea inestable.

Es un hecho observado que las huelgas francesas renacen con mucha facilidad *cuando han sido victoriosas*. Tras de un periodo ordinariamente corto, la lucha renace. Los ejemplos recientes de huelgas reiteradas en Creussot, Moniceau-les-Mines, Marsella, y otros puntos diferentes, atestiguan el hecho. Importa añadir que el fenómeno es casi constante cuando la huelga ha triunfado y no deja de ser frecuente cuando la huelga naufraga.

El contrato no es observado; y no lo es, ciertamente, porque la mayor parte de las veces *es imposible que lo sea*. De ordinario, cuando los huelguistas han sido vencidos, la depresión resultante del hundimiento moral que produce la falta de éxito, y la desnudez, á menudo espantosa, que es el efecto del paro en el trabajo, no les permite pensar durante cierto tiempo en remover las hostilidades. Según que la derrota haya sido más ó menos completa, el paro más ó menos largo, ó mayor ó menor la miseria engendrada, la paz aparente durará algunos años; y por esto, uno de los primeros accionistas de las minas de Auzin, me decía recientemente que nada sirve mejor para fijar durante mucho tiempo las relaciones

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BILBAO

con los mineros, que una grande y prolongada huelga. Y señalaba el hecho de que una huelga muy larga había servido en Anzin, muchos años antes, para asegurar la tranquilidad (1).

Cuando, por el contrario, la huelga ha sido victoriosa, se puede tener *la casi seguridad* de que en un período muy corto el contrato que la determinó será objeto de numerosas violaciones. Según el estado del mercado de trabajo, las violaciones serán más ó menos frecuentes, y vendrán de la una ó de la otra de las partes contratantes; dentro de este límite, la violación es posible; pero lo cierto es que la violación vendrá, y en un término relativamente muy corto. No puede ser de otra manera, merced á dos razones contrarias, á las que después de transcurridos cinco años aseguran la estabilidad del contrato concluso por los mecánicos ingleses. Las huelgas de Elbeuf constituyen en este punto, como en todos los otros, un testimonio apreciable.

Por una parte, en efecto, como la victoria no es el resultado de una lucha metódica largamente preparada, sabiamente conducida, y en la que cada parte hubiera hecho un uso juicioso de todos los recursos de que podía disponer, no hay ninguna razón para que el uno ó el otro de los

(1) Este accionista no hacía, por otra parte, más que enunciar una verdad clásica entre los industriales experimentados en las huelgas.

dos adversarios, el vencedor ó el vencido, á menudo los dos á la vez, consideren como definitiva la salida de su empeño; ellos saben qué parte han tenido en el resultado, la sorpresa, la habilidad muchas veces, la astucia á menudo, la influencia de un compañero más ardoroso ó más elocuente, ó de un patrono más débil ó más experto; en una palabra, mil circunstancias accidentales; ninguna batalla leal ha establecido claramente el valor real y fundado, en principio, de las fuerzas de los dos combatientes. En Elbeuf, en el mes de Diciembre de 1900, cuando el tumulto terminó, cada parte bendecía con efusión á la divinidad protectora de los débiles, el azar; sea en la gratitud de la victoria conseguida, sea haciéndole el honor de que la derrota no había sido más costosa. «Hemos obtenido más, porque nos hemos aliado», me decían los patronos. «Hemos tenido una ruda vena, con triunfar tan fácilmente», se decían por su parte los obreros. Los unos y los otros tenían razón. La desorganización de cada bando era tal, que resultaba que ligeros accidentes, y, sobre todo, una cohesión pasajera más grande por parte de unos respecto de los otros, podían cambiar totalmente el resultado.

En estas condiciones, es natural, y hasta fatal, que la lucha silenciosa ó declarada se reanude en breve plazo; y esto es tan normal, que muy á menudo las partes suscriben la paz, porque consi-

deran *in pectore* las ocasiones múltiples que un porvenir muy próximo les ofrecerá de pedir ó de imponer una modificación de las cláusulas estipuladas.

He aquí la primera razón por la que los convenios que terminan las huelgas francesas victoriosas, son frecuentemente seguidos de nuevos empeños en breve plazo; veamos otra razón, cuya significación es más considerable todavía. ¿Qué se pensaría de un hombre que deseando obtener en un contrato, que debiera suscribir con otro, una concesión importante, hiciera uso de todos los medios de persuasión ó de presión de que pudiera disponer, llamando para secundarle á sus amigos más experimentados, y tratara de ganar á su causa toda la influencia sobre el espíritu de aquel con quien debiera contratar? ¿Qué se pensaría, repito, de un hombre que después de haber hecho todo esto, no tomase ninguna seguridad para garantizar la fiel ejecución del contrato, no formalizándolo, y estando así en condiciones de exigir en breve plazo, tal vez al día siguiente, nuevas concesiones? Se diría evidentemente que la conducta de este hombre era ilógica é injustificada, y que este contrato era una niñada. Pues la mayor parte de los acuerdos que dan fin á las huelgas victoriosas aseméjense á este contrato. Ninguna parte da ni recibe la seguridad de que las obligaciones serán lealmente ejecutadas; y

según los casos, será una ú otra la que inicie las violaciones. Cuando el mercado de trabajo continúa favorable á los obreros, y la industria es próspera, éstos no ven ninguna razón para no reanudar una lucha que ha sido tan ventajosa á sus intereses; y en los lugares de efervescencia fácil, como en las minas de Montceau-les-Mines, la reanudan, en efecto. No vayáis á decirles que la obligación adquirida por los jefes del movimiento huelguista les ligue personalmente, y que la lealtad y la ley les obligan á cumplir sus compromisos; os responderán que no se había fijado la duración del contrato; que las circunstancias han variado; que hubieran podido obtenerse más ventajas, y, sobre todo, que no han sido valederamente representados, y que se ha tratado por ellos, sin consultarles previamente. En las agrupaciones inestables y caóticas, los miembros pueden siempre alegar esta última razón (1).

(1) Esta doctrina es fecunda en consecuencias funestas; especialmente importa señalar que ella perjudica á los obreros, haciendo más difícil toda concesión de elevación de salarios. Un patrono me decía: «Comprended que es muy escabroso hacer una concesión á los obreros franceses; como no hay enfrente de uno ningún individuo responsable—si no pecuniariamente, lo que es muy difícil, al menos moralmente, lo que sería á la vez preferible y más fácil—uno se pregunta siempre si los obreros no se entenderán para, al día siguiente de la concesión que se les ha hecho, pedir una nueva. No sabe uno por dónde va.»

Cuando el mercado de trabajo es, por el contrario, favorable al patrono, lo que ocurre frecuentemente—porque los períodos de gran prosperidad son cortos, y hay de ordinario cierto número de obreros en paro forzoso—, es entonces el patrono quien aprovecha la primera ocasión de modificar las cláusulas del contrato. Como los obreros han sido apenas capaces de establecer entre ellos, por algunos días una cohesión cualquiera, que desaparece á menudo inmediatamente después de la victoria, los patronos tienen buen cuidado de retirar al día siguiente lo que les han concedido la víspera, y bajo la presión, siempre tan enérgica, de la concurrencia, no cometen falta. He aquí, á este propósito, dos hechos, entre mil. Menos de dos meses después de la huelga de carreteros-camioneros del Havre, huelga que surgió en el mes de Septiembre de 1900, los patronos pagaban á sus carreteros un salario inferior en un 5 por 100 á la tarifa que se había convenido; y en Elbeuf, en el mes de Enero de 1901, un excelente patrono me decía que se vería probablemente obligado á reducir en un céntimo por mil el salario de sus tejedores, porque había oído decir que uno de sus concurrentes había ya efectuado esta reducción. Si se quisiera hacer una investigación en todas las poblaciones donde se ha obtenido la elevación del salario á continuación de una huelga, dejando tan sólo transcurrir

un período de tres á cuatro meses, tengo la persuasión de que no habría ninguna en la que se encontrara rigiendo todavía la tarifa convenida. ¿Dónde está, en efecto, la agrupación compacta y disciplinada, capaz de considerarse como una barrera infranqueable enfrente de estas dos fuerzas, siempre tan activas, para deprimir la tasa de los salarios: la concurrencia de los patronos entre sí y la concurrencia de los obreros sin trabajo contra sus compañeros? Bajo el régimen de la pulverización, cada obrero, después de la lucha, vuelve á su aislamiento: nadie se inquieta de algunos enganches á precio reducido, y estos enganches producen, al cabo de poco tiempo, la reducción del salario de todos. Los desgraciados no han sido capaces de impedir el *boycottage* de sus camaradas más ardientes: y ¿cómo habrían de poder oponerse al enganche de un recién venido, que se vale de su libertad para vender su trabajo al precio que le plazca?

Y sin embargo, ya se ve que jamás ha existido contrato alguno tan necesitado de una sanción vigorosa y enérgica. Los obreros franceses parecen olvidar á menudo que el contrato de trabajo no liga á las dos partes más que durante ocho ó á lo sumo quince días, y que al expirar cada semana ó cada quincena, se estipula un nuevo contrato; por consiguiente, el patrono siempre puede: ó no renovar el contrato ó renovarlo en condiciones

más onerosas para el trabajador. La convención que pone fin á una huelga sólo tiene el valor que las otras convenciones entre las partes contratantes; significa únicamente que durante cierto tiempo el patrono se obliga á pagar á los obreros actualmente en huelga, *si los emplea*, un salario de... por un trabajo de... Pero cualquiera observa que esta cláusula es inocente y de ningún valor si no está unida á esta otra: «Y dicho patrono se obliga á no contratar otros obreros á menor precio, cuando tal contrata pueda perjudicar á los actuales contratantes.» Pero esta cláusula los huelguistas franceses son absolutamente incapaces de imponerla á los patronos, y sobre todo de asegurar su respeto; y menos de tres meses después de la mayor parte de sus victorias, ellos mismos colaboran—¡humillación suprema!—á la violación de la tarifa, para cuya obtención se sometieron á la dura prueba de la huelga. No están organizados para impedir la entrada, á más bajo precio, de otros obreros, y por ello, bajo pena de morir de hambre, no tienen más partido que vender también su trabajo á precio reducido (1).

Y véase cómo, si es absolutamente imposible

(1) Podrían todavía declararse de nuevo en huelga, y darían una prueba de su mejor organización social. Cuando los obreros han obtenido, á continuación de una huelga, una elevación de salario, por ejemplo, 4 francos al día, en lugar de 3,50, es evidente que dan una prueba de

pretender que los sindicatos engendren las huelgas, es al menos evidente que las huelgas producen los sindicatos. Esto se ha visto bien en Elbeuf, donde antes del movimiento huelguista los tres sindicatos de la industria lanera no tenían más que un número de asociados mínimo y ningún fondo de previsión; y hoy estos tres sindicatos han más que multiplicado su efectivo, las cuotas se pagan con regularidad, su organización y funcionamiento es normal, y además otros ocho sindicatos se han constituido para los trabajadores manuales de otras profesiones. Ya he dicho que no hay que hacerse ilusiones sobre la inclinación real de este movimiento; pero, al menos, algunos centenares de obreros comienzan á comprender que la huelga debe conducir necesariamente al sindicato fuertemente organizado y disciplinado; y basta entretenerse algunos minutos con los estearineros de M. P... para darse cuenta de que han visto con claridad que, sólo una fuerte cohesión, puede mantener las posiciones con fuerte cohesión adquiridas; y *esto es en verdad el principio de un inapreciable progreso.*

Llegamos así por un camino nuevo á una verdad que se insinúa á través de todas las líneas de

su total desorganización, permitiendo contratar en los mismos talleres á otros obreros al precio de 3,50 francos. Se ve, pues, que la *reprise* de una huelga casi siempre es producida por la indisciplina de los obreros.

estas páginas: la ineludible necesidad del sindicato. Primero, el sindicato se nos manifiesta como un órgano indispensable en los medios industriales que en tiempo de prosperidad comercial quieren evitar las huelgas; después se nos presenta como necesario á los obreros que quieren conducir su huelga con una táctica hábil y prudente, no como niños; y he aquí que, por último, se nos evidencia como esencial para dar al convenio que pone fin á la huelga valor, eficacia y seriedad. Así la conclusión se verifica y resulta más sólidamente establecida; que es propio de la verdad ver el punto de encuentro donde afluyen necesariamente todas las avenidas del pensamiento.

Pero entonces, si es verdad que estamos aquí enfrente de una gran ley social, ¡cuán profunda es la desorganización que sufre el personal patronal y obrero de la industria francesa! ¿Dónde están en Francia los sindicatos sabiamente dirigidos por jefes regularmente elegidos y con autoridad, tanto más respetada cuanto más ilustrada y libre sea la elección? ¿Dónde están los *leaders* bastante instruidos y bastante desinteresados para resistir los impulsos irreflexivos de sus representados y para no preferir la acción política, más decorativa, á la función modesta, pero soberanamente útil, de secretario de sindicato? ¿Dónde están, por último, las agrupaciones obreras

que saben acumular fuertes sumas para los días de paro forzoso y sobre todo para los días de huelga, mediante el pago regular de una cuota semanal un poco subida?

Al decir de personas bien informadas, no existe en Francia semejante sindicato, y á lo sumo se puede citar una sola asociación que se aproxima al tipo ideal: la asociación de tipógrafos que M. Keufer dirige con tanta competencia y seguridad. Sin duda se encuentran á menudo en los grandes centros industriales, y *en mayor número del que generalmente se supone*, obreros sinceramente devotos del progreso material y moral de sus compañeros; pero á menudo son demasiado modestos y su palabra es demasiado leal y bastante fría para que el sufragio de sus camaradas les coloque en primer lugar. ¿Cómo puede ello ser, por otra parte, cuando se ve en otros sindicatos á hombres que, á falta de formación social suficiente, habían sufrido la influencia eficaz de sus propias funciones, ejercidas durante muchos años, ser bruscamente reemplazados en tiempo de efervescencia, como en Creusot y en Montceau-les-Mines por un «comité de la huelga»? Se ha dicho también que las dos huelgas recientes de Montceau-les-Mines y de Marsella habían sido especialmente preparadas y alentadas por la fracción antigubernamental del partido socialista para poner al Ministerio en mala postura y arrin-

conarle en el caso de apelar al derramamiento de sangre de los proletarios!

Ciertamente la tarea por realizar es inmensa y pequeño el número de los buenos obreros deseosos de comprender y capaces de amar el bien. Los políticos revolucionarios se guardan de favorecer un movimiento profesional que arruine su ambición, y, por otra parte, la ignorancia y los prejuicios desvían de esta otra tendencia á los espíritus más moderados.

Esta observación no debe, sin embargo, conducir al desaliento; por otra parte, este crecimiento de dos fuegos contrarios no es especial de los sindicatos, y podría asimismo decirse que todas las obras de progreso que se han realizado cincuenta años antes, han sido objeto de parecidas oposiciones; y pues que la industria francesa debe vivir, esta labor se hará seguramente. Un organismo puede deshacerse y desaparecer, pero ninguno podrá vivir ni prosperar, si constituye una violación permanente de las leyes sociales, que rigen su desenvolvimiento.

CAPITULO III

El contrato individual de trabajo favorece los engaños recíprocos y hace imposible la paz social.

Todo el mundo conviene en que son dos las condiciones necesarias y suficientes para la formación de una convención formal entre dos personas; es preciso, de un lado, que el contrato determine con claridad la extensión de los derechos y de las obligaciones de cada una de las partes contratantes; es preciso, en segundo lugar, que se pueda intervenir exactamente la fiel ejecución de cada obligación. Si una de estas dos condiciones falta, las partes pueden entregarse á los consejos de la benevolencia y de la amistad para determinar lo que cada uno deberá suministrar al otro; pero no tienen entonces ellas el derecho de decir que hayan hecho un verdadero contrato.

El contrato de trabajo está sometido, como todas las otras convenciones, á estas dos condiciones esenciales. Puesto que es un contrato sinalagmático, es decir, un contrato en el que cada parte se obliga á ciertas prestaciones á cambio de las